



Rubén Darío frente al imperialismo sajón

Enrique Gallud Jardiel

Cuando el lector entreaire la puerta de goznes dorados y, penetrando, pisa la hierba versallesca y aspira exóticos perfumes, al mismo tiempo que hiere su retina el colorido mitológico y clásico de los versos de Rubén Darío, se sorprende de hallar en ellos interesantes afirmaciones políticas y aun raciales no expresadas quizá tan claramente en obras de otros poetas que no fueron, como Darío, acusados de encerrarse en la consabida torre de marfil cuya alusión es ya casi un tópico obligado -por más que erróneo- al tratar del Modernismo. Recuérdese que en Europa se conocía al poeta por el apodo de «el indio que se europeizó», mas pese a esta concepción que implicaba la renuncia a sus valores originarios, hállase en Rubén Darío un sentido racial tan fuerte en defensa de la América latina, que contradice mucho de lo que sobre su europeización se ha escrito. En efecto, la innegable influencia que poetas franceses -con Verlaine a la cabeza- tuvieron sobre el nicaragüense ha servido de argumento a muchos para destacar el internacionalismo de Darío y restar importancia a su conciencia latinoamericana. El poeta mismo, en algunas ocasiones, es el propio responsable de este equívoco o, si se desea ser más suave, de lo equivocado de esta generalización. La influencia europea en América Latina es una constante histórica que perdura hasta el momento actual y los movimientos independentistas del siglo XIX no pueden negar el influjo de las ideas enciclopedistas francesas que llevaron al cambio de 1789 y que, aunque constituyeron un fracaso en su país de origen, sir-

vieron de pauta y ejemplo para muchas naciones en período de conceptualización. Sin negar la referida influencia en nuestro poeta habría que hacer hincapié en la concepción americana que Darío tenía de sí mismo y en su postura ante los problemas de su continente, especialmente en el que voy a intentar destacar aquí.

Los poemas de Darío que tocan directamente este tema, y que se hallan incluidos principalmente en su obra Cantos de vida y esperanza, del año 1905, han sido considerados como una excelsa consagración estética de la diferenciación entre la cultura latina y la cultura sajona en el nuevo continente y como máxima expresión literaria del hispanoamericanismo. Aquí, por 'hispanoamericanismo' hay que entender el concepto abstracto opuesto al Panamericanismo, un término que, en muchas ocasiones, se ha empleado erróneamente y que, para su aclaración en este contexto, nos obliga a echar una ojeada retrospectiva a la situación político-cultural que le dio origen.

La idea política de una Latinoamérica unida es un concepto romántico por excelencia. En el Romanticismo todo inspiraba revolución y derecho a cada alma individual y a cada grupo conjunto. Por ello se dio, de una parte, el epos de libertad colectiva (nacionalismo o independentismo, llamado en Latinoamérica el proceso de Emancipación) y, de otra, el epos de la libertad individual, que se transforma en el «yoísmo» en un sentido filosófico y literario y, políticamente, en el principio de la reafirmación de los derechos del hombre en la nación formada. Mientras Bolívar peleaba

por la Emancipación, en España el poeta Quintana escribía en contra de la esclavitud y en favor de la liberación de América, prediciendo el porvenir de ésta y la agonía de Europa. Ya en estos escritores románticos se considera a América latina como a un todo conglomerado, si no homogéneo. Y las mismas naciones que surgen a lo largo del siglo no limitan sus miras a un mezquino nacionalismo, sino que comparten efectivamente su cultura, ya que el concepto del héroe libertador había sido substituido por el concepto del ilustrado. La exaltación del sabio como liberador heroico del hombre había tenido su culminación en el libro Lecciones sobre el destino del sabio, del alemán Fichte y, desde ese momento, los que saben ver más allá de sus fronteras -el inventor, el filósofo, el científico- se convierten, al compartir su saber, en los nuevos libertadores de toda esclavitud humana. Estos hombres intuyen que el futuro de América latina se halla unido de alguna forma aun no concretada, y dedican sus esfuerzos a conocerse mejor y a aumentar la interacción cultural. De Bello a Vasconcelos, cualquier intelectual del período puede servirnos de ejemplo al tratar de estos intentos de unificación cultural por medio del énfasis en la pedagogía que habría de formar en las mentes de los jóvenes latinoamericanos el concepto de sus idiosincrasias y sus raíces.

Sin embargo, al mismo tiempo que en Centro y Sudamérica se va forjando este concepto de la unidad cultural, tienen lugar en los Estados Unidos algunos sucesos de importancia futura. Su quinto Presidente, James Monroe, implementa en el año

1823 el llamado monroísmo, tendente a impedir la futura intervención europea en América y cualquier posible colonialismo. Esta doctrina tendría implicaciones posteriores, ya que, entre 1825 y 1898, tras la independencia del dominio español, las relaciones entre España y las repúblicas latinoamericanas fueron bien débiles y muy tirantes, lo que aprovecharon los Estados Unidos, Francia e incluso Italia, para intentar acrecentar su influencia en tierras de la América española. Para superar el influjo de otras potencias, los norteamericanos emplearon, cuando les convino, el monroísmo y es de destacar el que, incluso en el año 1917, el presidente Wilson abogó de nuevo por él, intentando popularizarlo. Otro sí, en aquel momento, las repúblicas latinoamericanas comenzaron a mirar con prevención a su vecino del norte al percibir que las ideas de libertad y democracia que cantara Withman -el poeta de Norteamérica- y que habían sido el núcleo de los principios que fundamentaron dicha nación, tendían a desaparecer y a dejar paso a un imperialismo de varias facetas. Los EE.-UU., para paliar en parte la mala impresión causada por el concepto monroísta, emplearon el término "panamericanismo" que, aunque era en esencia el mismo monroísmo, puesto que aseguraba la misma posibilidad de control y tutela, contuvo momentáneamente la reacción ló-

gica por parte de los países hispanoamericanos. No obstante ello, esta contención no pudo durar mucho y el sociólogo argentino José Ingenieros afirmó que América no podía seguir siendo panamericanistas. El monroísmo, que tiempo atrás era una garantía contra el imperialismo europeo, se había convertido en un peligro.

Y precisamente para librarse en parte de la tutela norteamericana se opone a este panamericanismo el llamado bloque ABC, iniciales en este caso de Argentina, Brasil y Chile. Pese a estos esfuerzos, el naciente imperialismo norteamericano va a reforzarse en el cambio de siglo en toda América latina y, particularmente, en la región del Caribe, como resultado de la llamada "diplomacia del dólar" que nacía del deseo de mantener un control mercantil y financiero sobre la zona. Otros factores contribuyen a la reacción denominada Hispanoamericanismo. Entre ellos, algunos importantes tienen su origen en la Guerra del 98 con España. Antes de seguir, sería interesante intercalar un inciso sobre la intervención de los EE.UU. en el citado conflicto. Aunque su objetivo aparente era liberar a Cuba del imperialismo español, ha de recordarse que el monroísmo implicaba que, de la misma forma que ninguna potencia europea tenía derecho a inmiscuirse en los asuntos americanos, tampoco los Estados Unidos tenían derecho

Pasa a la Página 14



RESTAURANTE MANAGUA

• GRAN TELETÓN •

(SÁBADO Y DOMINGO 29 Y 30 DE ABRIL)

A beneficio del Asilo de Ancianos de Camoapa - Nicaragua

Con la presencia de los Grupos "Terrícolas" "Ángeles Negros" y Adán Torres

Habrán Bocadillos Gratis

Todos los Sábados y Domingos

Tardeada Folklórica Nicaragüense

"Grupo Amanecer Nicaragüense"

2709 Santa Ana St. • South Gate, CA 90280

Para mayor Información llame al

323.973.9204

ATENDIDO POR TONY HURTADO